



***SOBRE LA IMPORTANCIA DE LOS COCHES
DE BOMBEROS EN LA
EVOLUCIÓN DE MI PERSONALIDAD***

Supongo que cuando los niños esquimales despiertan tanta ternura y tanta comprensión es porque de alguna manera parecen más tristes que los demás niños del mundo. No he estado nunca en las heladas estepas del Polo, pero admiro la belleza de aquellos parajes, y me encantaría ver más a menudo osos polares, focas y pingüinos. Sorpresas como su refrigerante contemplación harían más soportable la monotonía a la que casi todos los oficinistas nos vemos sometidos.

En realidad, la aparente tristeza de los niños esquimales tiene causas fáciles de explicar. En un mundo como el suyo, blanco y frío, lo que más se debe echar en falta es precisamente el color y el calor. En una palabra: el fuego.

Esto no quiere decir que los esquimales desconozcan lo que es una hoguera. De alguna manera, pienso yo, cocinarán sus tajadas de foca, de ballena o de oso. Pero evidentemente, por aquellas latitudes el fuego no es un peligro vital. Para un adulto, eso puede ser una ventaja. Para un niño, no. Porque la carencia de un peligro como el fuego supone la eliminación de ese fenómeno apasionante, esa explosión de luz, ruido y color que es un coche de bomberos.

Se podría decir que se es niño o no en la medida en que un coche de bomberos deja en nosotros una huella más o menos profunda. Un niño que vea pasar por la calle un coche de bomberos y no se inmute puede que sea un funcionario enano o un agente de seguros infradesarrollado físicamente, pero no será niño. Por el contrario, un ancianito que a la sola percepción del aullido de la sirena se quite las gafas para limpiarlas con la faldilla de la camisa de felpa, forzosamente llevará en el corazón un rescoldo todavía vivo de su infancia. Los coches de bomberos son la auténtica musa de esos poetas inconscientes que son los niños.

Casi resulta superfluo aclarar, después de este preámbulo, que yo no fui nunca esquimal de raza ni de sentimientos. El protagonismo que, por tanto, ejerció durante mi infancia el coche de bomberos fue absorbente. Durante años aspiré, como muchos amigos míos, a ser bombero "cuando sea mayor". ¿Qué hubiera dado por verme uniformado de azul, con casco, cinturón y botas, tocando la campana junto al conductor de un meteórico coche-bomba pintado en rojo vivo?. Posteriormente, la vida, con su

repugnante sentido práctico, se encargó de matar la afición. Cuando, después de once años de camaradería, salíamos mis amigos y yo por la puerta del colegio rumbo a la Universidad, nadie se acordaba ya de sus lejanos sueños de bombero. Había que ser, a toda costa, ingeniero, abogado, arquitecto o, por lo menos, licenciado en Filosofía y Letras. Los bomberos habían dejado su pedestal de héroes y ocupaban el lamentable casillero de los malpagados, los don nadie, los obreros de una sociedad que nos había educado para sus cuadros dirigentes. Cambiamos voluntariamente el casco por la corbata, y en lugar de dirigirnos a la calle de Menéndez y Pelayo esquina a O'Donell, que era donde radicaba el parque de bomberos más importante de la capital, tomamos el metro en dirección a Argüelles.

Cinco años estudiando algo tan ininteligible para mí como es la naturaleza jurídica de las piedras - epígrafe de una lección de esa horrible asignatura llamada Derecho Administrativo- me llevaron a pensar más de una vez si no sería más sensato retrotraerme a unos años atrás y desviar mis pasos por el camino del apagafuegos. Pero si hay algo a lo que nos acostumbra la vida es, precisamente, a digerir las equivocaciones y a seguir adelante, dando por inevitables las que con sólo utilizar el sentido común se podrían haber evitado. En consecuencia, adormilé mi romántico in-conformismo con un culto en abstracto al coche de bomberos, cuya presencia por partida doble en mi colección de juguetes de hojalata así lo atestigua.

Mis amigos dicen que me gusta explotar a fondo el tema de mi infancia, y no les falta razón. A eso unen automáticamente mi afición a presumir de que fui mucho más pobre de lo que en realidad fui, puesto que pobre, lo que se dice pobre, nunca me pude considerar. Sin embargo, en lo que concierne al capítulo de coches de bomberos, la indigencia no es una invención. No recuerdo haber jugado seriamente en toda mi vida con un solo coche de bomberos de mi propiedad, fuera de hojalata o de otro material. Verdad es que en mi carta a los Reyes Magos siempre había un juguete que tenía preferencia, que era un tren eléctrico. Mi tozudez al solicitar año tras año este juguete sólo era comparable a la de Melchor, Gaspar y Baltasar cuando, año tras año, dejaban junto a mi zapato un tren ¡de cuerda!. Al principio, voces autorizadas trataban de poner paños calientes a mi desengaño argumentando excusas como el olvido de sus majestades, mi mala conducta en casa o, simplemente, el posible abuso de mis peticiones. Pero después de varios años insistiendo me creía con derecho a recibir el tren eléctrico, aunque sólo fuera como reconocimiento a mi constancia, y llegué a interpretar la tozudez de los Reyes como una ofensa personal. Huelga decir que llegado a ese extremo, no había en mi mente lucidez suficiente como para dar entrada en las cartas al otro sueño dorado, que era el coche de bomberos.

La contrapartida de la miseria en coches de bomberos era mi facilidad para crearlos con la imaginación. Esto lo había aprendido de mi madre, que se ha distinguido siempre como una experta en suplir con ingenio y sentido práctico lo que el resto de la gente resuelve haciendo sonar el vil metal. Así, cuando tuvo que enviarme equipado para la primera clase de dibujo a la que asistí en mi vida, probablemente hizo sus cálculos, llegando a la conclusión de que siete pesetas -el precio de una caja de lápices de marca Alpinoera un golpe demasiado duro a la economía familiar como para satisfacer la vanidad del pequeño de sus hijos. En consecuencia, recogió los lápices de colores desperdigados por la casa, herencia de mis hermanos mayores y, ni corta ni perezosa, los metió en la primera caja vacía que encontró y me mandó al colegio.

La mala fortuna quiso que aquella caja fuera una caja de supositorios. Entonces una caja de supositorios no era como esas de plástico que utilizan ahora los productos farmacéuticos, que lo mismo pueden servir para envolver laxantes que para recargas de bolígrafo, botones o dátiles. Entonces una caja de supositorios no podía ser más que una caja de supositorios, y a quien la viera resultaba muy complicado explicarle que su contenido real eran lápices de colores. Por eso recuerdo aquella clase de dibujo como uno de los ratos más amargos de mi vida. Cuando Don Pedro, el profesor, en uno de sus rutinarios paseos de vigilancia pasó junto a mi pupitre con ánimo de corregir mi trazo, lo único que hizo fue coger la caja de supositorios, llevarla a la altura de sus dos, los don nadie, los obreros de una sociedad que nos había educado para sus cuadros dirigentes. Cambiamos voluntariamente el casco por la corbata, y en lugar de dirigirnos a la calle de Menéndez y Pelayo esquina a O'Donell, que era donde radicaba el parque de bomberos más importante de la capital, tomamos el metro en dirección a Argüelles.

Mi madre, seguramente, no podía imaginar que la caja de supositorios marcara a un hito en mi vida. Desde la óptica de una persona mayor, tanto da que los lápices de colores vayan estuchados en una bonita caja de cartón que en un envase de productos de laboratorio. Para mí, sin embargo, era muy distinto. Nada hubiera notado si al menos tres o cuatro de mis compañeros se hubieran encontrado en mi mismo caso. Pero ninguno llevaba, no ya una caja de supositorios, sino ni siquiera una maldita caja de antibióticos, que, bien miradas, también hubieran hecho un servicio excelente. Todos eran niños bien, y el que más y el que menos se había provisto para la ocasión de un estuche de piel, con lápices, pluma, regla, goma y sacapuntas, o de una digna caja de Alpino.

A la larga, experiencias como ésta - que no fue la única- me hicieron mucho bien. Lo que no me procuraba el dinero me lo proporcionaba la imaginación. Y fue precisamente en lo tocante al coche de bomberos donde hizo ésta uno de sus más meritorios alardes. Partiendo de una caja - un cartón, según dicen los fumadores - vacía de Chesterfield, y con sólo unos palillos, un dedal que tomaba prestado de mi madre y un trozo de cordel, construía yo para mí fantásticos coches de bomberos con los que pasaba las tardes encandilado. Los palillos, clavados longitudinalmente en dos filas, hacían las veces de estereotipados bomberos. El dedal, puesto a guisa de sombrero sobre el primer bombero, era la campana de alarma. Y el cordel servía para que yo lo arrastrara a donde el fuego solicitaba su presencia.

Ahora que lo pienso no puedo por menos que felicitarme por haber hecho tan buen uso de mi imaginación infantil. Poco me importaba ya que el coche adoleciera de lo más importante, que eran las ruedas. Con aquel juguete abstracto, que podría ser un diseño de Henry Moore o un dibujo de De Chirico, yo me sentía un bombero tan auténtico como lo pueda ser Juan Gómez, cabo del Parque de Bomberos de García Morato (el de O'Donell ya murió).

Han tenido que pasar unos veinte años desde entonces para poseer dos coches de bomberos. Antes hubieran sido juguetes de batalla. Hoy son piezas de mi colección de mosaicos de la infancia. El primero de ellos lo compré por cinco pesetas en El Rastro. Es un coche-bomba amarillo y rojo - como casi todos los juguetes preñados del exacerbado nacionalismo de la época - con ruedas de color gris y parrilla del motor plateada. Lleva una dotación de dos o de cuatro bomberos, según se mire. No se sabe si hay dos en cada ventanilla de la cabina, o es que la hojalata reproduce únicamente a

esos dos desde perspectivas distintas.

El segundo, de tamaño ligeramente mayor, añade al rojo el marrón y el negro. Carece de bomba, pero no así de escalera, giratoria y de color verde. Todo parece indicar que ha perdido un tramo, y hasta es posible que en algún incendio perecieran también los bomberos. Esa ausencia le da un aire levemente dramático, porque un coche de bomberos sin bomberos es como un escenario de guiñol sin personajes: mudo y taciturno.

Ya no utilizo la imaginación para suplir a los bomberos caídos en acto de servicio. La empleo en menesteres recordatorios, hilvanando fantasías sobre lo que hubiera podido dar de sí aquel niño que transformaba los cartones de Chesterfield en esos coches de bomberos que jamás se acordaba de pedir a los Reyes Magos. A lo mejor menos. Tal vez nada.

Por si acaso, los guardo celosamente en mi colección de juguetes de hojalata. Porque uno no es esquimal, y el mundo que le rodea puede arder en cualquier momento. Y porque, aunque ya me queda lejos la infancia, todavía tiemblo de la emoción cuando, al doblar una esquina, veo correr vertiginosamente un esplendoroso coche de bomberos. "Si hubiéramos sido decentes -pienso-, mis amigos y yo seríamos sus tripulantes". Pero no, todo quedó en casi nada. Aparecieron en nuestro horizonte, avivaron el fuego de la imaginación y se perdieron en la lejanía para apagar algún otro fuego de verdad. Atrás quedamos nosotros, los ingenieros, los abogados, los arquitectos, los médicos, presos de la sociedad opulenta que sólo se acuerda de los bomberos cuando ve arder entre el dolor y la desesperación el lujo de sus mansiones.

Luis Figuerola-Ferretti Gil